Nacho Montes

EL HIJO DE LA COSTURERA

La novela de Balenciaga

la esfera (de los libros

PRIMERA PARTE

HUGO

Getaria, 7 de junio

Siempre llevaba un trozo de tiza en el bolsillo de sus pantalones cortos, cualquier rincón podía ser un lienzo improvisado para pintar un garabato, un patrón o un retazo de vida. Cristóbal saltaba de adoquín en adoquín, dejando un hueco en medio porque prefería los números impares, marcando un camino imaginario por el que le gustaba perderse durante horas, fabulando y sonriendo, brillase el sol o rugiese una tormenta. Sus bocetos de tiza vivían en la calle el tiempo que les permitía la lluvia.

Había llovido tanto aquella noche que los adoquines brillaban limpios como escamas de pescado fresco, convirtiendo la calle en un capricho de plata de un antiguo tesoro de piratas y leyendas. Cerraba los ojos y podía imaginar y casi escuchar el barullo de aquellos granujas, de patas de palo y parches en los ojos, en el puerto, tra-

picheando con las monedas y los chamarileros. Entre ellos, y como una aparición, una dama delicada y segura recorría los puestos de la lonja bajo una sombrilla de chantilly. La vida ahí olía a mar, a un mar inmenso y bravo que si respirabas profundo entraba como un aguardiente que recorría en segundos hasta los confines de las entrañas y te anclaba de golpe a la tierra del norte.

Muchas mañanas rompía su ensueño de piratas y aventuras el taconear de esa mujer exquisita sobre los adoquines brillantes. Los pasos firmes de los zapatos de salón encendidos de doña Micaela Elio y Magallón, marquesa de Casa Torres, sonaban al compás del repicar de las campanas de San Salvador. No había nadie en el pueblo que no recorriese con la mirada, cada domingo, su paseo hasta el templo. Salía del palacio de Vista Ona, en su tílburi de cuero inglés, perfumada con agua de rosas y con sus vestidos largos y ricos, un moño alto como una torre de vigía y sus delicadas sombrillas de encaje blanco, como espumas marinas, para llegar hasta la puerta de la concurrida iglesia. Cristóbal miraba en la distancia, detrás de un árbol, la delicadeza con la que la marquesa bajaba de su calesa, abría la sombrilla, lloviese o hiciese sol, levantaba con la otra mano en un grácil recogido el bajo de su vestido marfil bordado con flores rosáceas y hojas de eucalipto, y caminaba firme y ligera, dejando a su paso un rumor de piropos suaves y de sonrisas templadas.

Volvía a casa Cristóbal saltando, sonriendo, imaginando cómo sería vestir a una dama como aquella. Y nada más entrar en la cocina, su madre sentada al contraluz zurciendo un vestido mientras una olla bullía, cogía un carboncillo para plasmar en trazos ágiles el último vestido lucido por doña Micaela.

- —Cristóbal, hijo, ayúdame con estos botones que estoy muerta de cansancio y ya casi ni puedo enhebrar la aguja —exclamó Martina, soltando un pequeño resoplido y levantándose, como pesada, para retirar del fuego el puchero.
- —¿Con qué hilo los quieres, mamá? —preguntó el niño sin levantar la vista de su carboncillo, en el que un vestido de mikado de raso, con los bordados de doña Micaela, parecía cobrar vida.
- —¿De qué color va a ser, hijo? Pues marrón, como los botones —sentenció la madre.

Cristóbal miró de reojillo a su madre, que seguía de espaldas sobre el fogón de la cocina y sonrió burlón alzando la vista al techo. Después firmó el boceto con un garabato ligero, lo guardó en una carpeta de cartón y lo metió en el cajón en el que su madre tenía los hilos y los botones. Ese cajón era propiedad de ambos, y eso le hacía feliz.

—Mamá, ¿cuándo volvemos al palacio? —preguntó mientras sacaba los platos de la alacena para poner la mesa, era ya la hora de cenar.

- -Mañana, hijo, ;me acompañarás?
- —Claro, mamá —exclamó con una sonrisa de extrema felicidad.
- —Antes de ir tengo que terminar de rematar los ojales de una blusa y montar ese abrigo, las piezas ya están cortadas —dijo Martina, señalando unas piezas de un paño de lana cálido y azulado.
- —En cuanto acabemos de cenar, mamá, te ayudo y lo dejamos terminado, así mañana no tienes que madrugar.
- —Me parece bien, hijo —respondió Martina con una sonrisa agradecida.

Cristóbal se acercó a la máquina de coser, miró las piezas, las tocó suavemente, como el que toca un juguete para que cobre vida, e imaginó a los niños de Vista Ona, vestidos de domingo para uno de esos almuerzos al sol en los que la marquesa de Casa Torres reunía en el jardín del palacio a la alta burguesía, artistas de postín y algún miembro de la casa real que, alentados desde hacía tiempo por la reina María Cristina, pasaban sus vacaciones de verano en la costa guipuzcoana.

Martina Eizaguirre Embil, costurera, madre y viuda de José Balenciaga Basurto, había aprendido a sacar adelante su pequeño hogar del número 10 de la calle Zacayo, una casita sencilla y curiosa de Getaria, el mismo día que su marido murió de un derrame cerebral. No faltaba ningún día un puchero de legumbres o verduras en el fuego, ni un vasito con alguna flor fresca puesta en agua sobre la mesa camilla de la salita, ni una sonrisa de amor cuando cualquiera de sus tres hijos—había perdido a dos niñas en su infancia— reclamaban un beso o una caricia.

José Balenciaga, marino, curtido en la mar tantos años de pescador y que había sido también el alcalde de Getaria el mismo año en que nació Cristóbal, cambió la crudeza de su oficio marinero para conseguir ser patrón de una escampavía guipuzcoana, esas embarcaciones de vigilancia aduanera que mantenían el orden y la

normalidad bajo el estricto y seguro presupuesto del Ministerio de Hacienda y de Marina. Ese cargo le hacía codearse con soltura con los miembros de la aristocracia y de la monarquía. Ese cargo hizo también que su mujer incrementase sus trabajos de costurera con muchas de las grandes damas de la alta sociedad que confiaban en su discreción, en su honradez y en su maestría con la aguja.

Esa maestría era precisamente lo que había hecho que la marquesa de Casa Torres empezase por encargar-le pequeñas composturas, arreglos de bajos, cambios de botones y sencillos remiendos para acabar confiando en su buen hacer con el diseño y la compostura de sus trajes de verano y los de los niños de la familia. Muchos de esos vestidos, a menudo influenciados por las casas de costura de París a las que era asidua, los lucía en sus fiestas y reuniones y cuando le preguntaban por ellos las damas de la sociedad, la marquesa esbozaba una amplia sonrisa. Nada le hacía más feliz que saber que en Getaria había encontrado la aguja perfecta para todos sus caprichos.

Todas esas damas de la alta sociedad que veraneaban en el País Vasco, y las reinas María Cristina y Victoria Eugenia, eran clientas habituales de los establecimientos de moda más punteros de San Sebastián, como las Hermanas Múgica o Paulina Alfaro o la renombrada sastrería Casa Gómez. Por eso, que un día la marquesa de Casa Torres decidiese encargar a Martina, una costurera sencilla de pueblo, trabajos mucho más importantes que un cambio simple de botones o algún remiendo, le hacía sentirse como una elegida.

Se había parado tantas veces delante de los escaparates de todas esas casas de costura que ya tenía cogido perfectamente el estilo de cada corte, de las sisas, de los bodoques y las pecheras que llegaban de París cada temporada para instalarse en San Sebastián, cuna estival del buen gusto y las fiestas de la alta sociedad.

Terminó Cristóbal de cenar, ayudó a su madre y a su hermana Agustina a recoger la cocina, y sin que hubiese dado tiempo ni a que Martina se sentase, ya estaba ensamblando las piezas del pequeño abrigo de paño azul pastel.

- —Tienes que rematar las mangas y el cuerpo antes de unirlos, Cristóbal, para que quede perfecto. —Martina explicaba todo con suave calma, como si nada pudiese alterar el mundo cuando ella hablaba.
 - —¿Qué botones le vamos a poner al abrigo, mamá?
- —Esos de nácar que he dejado en la tapa de la lata roja —respondió ella, señalando la mesa junto a la ventana. Esa mesa por la que entraba la luz del sol en las mañanas de invierno y en la que madre e hijo se sentaban a coser juntos tantas veces. Bueno, a coser Martina, porque Cristóbal observaba y dibujaba sin dejar de escuchar cada palabra de su madre. En muchas ocasiones, anotaba dudas al margen de sus hojas, sencillas nocio-

nes que podían ser la clave del éxito de una prenda, como en las recetas de confitería que había dejado escritas su abuelo en esos papeles que amarilleaban por los bordes y que Martina seguía guardando en la cocina en una lata de galletas holandesas.

Cristóbal sabía que debía recordar muchas veces esos pasos exactos, porque, como decía su madre: «En la costura, hijo, como en la repostería, si te saltas un paso, por sencillo que parezca, una tarta no cuaja o un bizcocho no sube».

Miró los botones de nácar que le había señalado y sin estar muy convencido abrió el cajón de los hilos y rebuscó; recordaba que habían quitado a un viejo guardapolvos unos botones enormes, de color caramelo. No paró hasta encontrarlos.

- —Mamá, ¿me dejas que también te cosa los botones? —preguntó en la distancia.
- —Está bien —respondió ella como aliviada, acomodándose en la butaca y abriendo su cuaderno de notas para organizar las composturas de la semana. Tenía tres encargos aún pendientes del palacio y dos visitas a Zarautz a casa de dos clientas, amigas de la marquesa, que habían solicitado que les tomase de nuevo medidas para unos trajes simples de recreo, de algodón rayado, para jugar al tenis. No sabía, con las tallas que recordaba de aquellas hermanas, si jugarían al tenis o se inflarían a emparedados de rosbif en los jardines de Vista

Ona, pero sí sabía que quedarían perfectos con esa nueva tela marinera, de algodón trenzado, que había encontrado en San Sebastián.

Mientras su madre se organizaba la semana, Cristóbal hundía sutil la aguja en la lana, con destreza, para dejar cosidos los cuatro botones y que su madre viese el resultado completo antes de protestar. Mientras lo hacía, en su cabeza rondaba una y otra vez cómo sería vestir a doña Micaela. Había soñado mil veces con ella luciendo un vestido suyo cualquier domingo en la iglesia. Porque muchos domingos, mientras vigilaba en la distancia su llegada al templo, había querido correr y preguntarle si le dejaba que le diseñase un vestido bonito como esos que ella se compraba en París. Pero nunca había encontrado el valor, quizá por no incomodarla, quizá pensando que su madre le reprocharía semejante abuso.

Terminó con el último, abotonó el abrigo cruzado, estiró los brazos cogiéndolo de los hombros para mirar-lo en la distancia, ladeó la cabeza, y esbozó una sonrisa.

—¡Listo! —exclamó, llamando la atención de su madre.

Su hermano Juan levantó la mirada un segundo por encima del libro que estaba leyendo tirado en el sofá. Agustina se incorporó. Martina miró frunciendo el entrecejo, pensativa, no sabía si la penumbra de la salita le estaba jugando una mala pasada, se levantó y cogió el abrigo con asombro.

- —Cristóbal, te has equivocado de botones...
- —¿Te gustan? —preguntó él, interrumpiendo a su madre y sonriendo.
- —¿De dónde han salido? —indagó ella, arqueando las cejas en un signo claro de admiración.
- —Los quitamos de aquel viejo guardapolvos verde que deshicimos hace unos meses para convertirlo en una capa corta, ¿no te acuerdas, mamá? Eran tan bonitos que los guardé en el cajón de los hilos.

Martina asintió con la cabeza, se fue hacia la mesa, envolvió el abrigo en un papel blanco, limpio e impoluto, y sonrió orgullosa antes de besar a Cristóbal para darle las buenas noches.

- —Está precioso, hijo, precioso. Vámonos a dormir todos, que mañana tenemos muchas cosas que hacer.
- —Buenas noches, mamá, que descanses —susurró él antes de meterse en su habitación.

Se sentía orgulloso y feliz, muy feliz.

- —Buenas noches, madre, yo aún me quedaré leyendo un rato —dijo Juan.
 - —Buenas noches a todos —se despidió Agustina.

Despertó al oír toser a su madre, una tos ronca y dura, como de ultratumba. Y corrió hacia su cama. La encontró, pálida, acurrucada bajo la manta, con tiritona. Agustina y Juan ya habían salido temprano a trabajar.

Ambos ayudaban a sostener la economía familiar desde que falleció su padre.

- —Hijo, estoy que no tengo ni fuerzas para levantarme, me desperté a medianoche con un ataque de tos y destemplada, debo haber cogido frío con la tormenta.
- —¿Quieres que vaya a Vista Ona y deje recado de que volveremos otro día? —preguntó, sacando una manta más del armario y arropando a su madre.
- —Ve, pero llévate el vestido y el abrigo, en el palacio te darán el recibí, y le dices a la marquesa que me disculpe y que la veré a final de semana en cuanto me haya recuperado de este resfriado.
- —Muy bien, mamá, tú no te muevas de aquí que vuelvo enseguida y te traigo un pastel de manzana reciente para el desayuno.
- —¿Y a dónde me iba a ir, hijo? —preguntó Martina con media sonrisa, viendo cómo Cristóbal salía corriendo ya, con los encargos en la mano.

Vista Ona chispeaba bajo el sol del verano. Sus ladrillos bicolores esmaltados reflejaban el optimismo de un cielo, el del norte, que volvía a tintarse de intenso azul nada más escampar cualquier tormenta. Cristóbal llegó jadeante hasta el umbral de su puerta, sobre la escalinata, bajo una pérgola que en verano estaba llena de flores blancas que desprendían un olor dulce e intenso. No

era jazmín, en el norte no aguantaba las temperaturas, pero era una especie poco común en la zona que los jardineros de palacio habían traído de algún lugar, para llenar las fiestas de los marqueses de esas simuladas damas de noche que olían a miel.

- —Buenos días, Cristóbal —saludó la doncella, abriendo la puerta de par en par.
- —Buenos días, señora, mi madre me envía con los encargos de doña Micaela porque está en la cama, enferma. Me pide que la disculpe y le diga que volverá en cuanto se recupere.

La marquesa, que escuchaba desde el salón principal a Cristóbal y su discurso acelerado, aún jadeante de la carrera desde casa al palacio, salió al jardín preocupada.

- —¿Qué le pasa a tu madre, Cristóbal? —preguntó mientras abría el papel blanco que envolvía el abrigo.
- —No es grave, doña Micaela, es un resfriado —se apresuró a tranquilizarla.
- —Son estas tormentas del norte, anoche refrescó tanto que tuvimos que encender la chimenea para la cena —dijo la marquesa antes de admirar, encantada, el abrigo azul en el que brillaban, encendidos, los botones como caramelos—. Qué maravilla de madre tienes, qué bonito ha quedado, jamás habría imaginado estos botones en un abrigo celeste, dale mi enhorabuena, hijo.
- —Muchas gracias, así lo haré —respondió lleno de gozo, henchido por aquel piropo de la marquesa.

- —Cariño, cuida mucho a tu madre, trabaja demasiado. ¿Qué haréis cuando se vaya haciendo mayor?
- —Cuidarla y trabajar mucho, como mis hermanos, para que ella descanse y sea feliz —dijo sin titubear.
- —¿Qué quieres hacer en la vida, hijo? —preguntó la marquesa, orgullosa de aquella respuesta tan madura.
- —Me gustaría hacer vestidos bonitos, como estos que usted lleva siempre —contestó Cristóbal, ensalzando el lino rico del vestido de mañana que llevaba la marquesa. Ella sonrió con tierna incredulidad.
 - -¿Sabes coser? —preguntó ella, admirada.
 - —Sí —respondió contundente.

La marquesa lo miró con ternura, los dos guardaron unos instantes de silencio, el tiempo se detuvo de golpe en el jardín.

- —Si me deja, podría copiar el traje que lleva usted puesto ahora mismo, solo necesito un poco de tiempo y una buena batista de lino —afirmó el niño rotundo.
- —¡Qué cosas tienes, Cristóbal! —exclamó ella sin dejar de observarle curiosa.
- —Apuesto a que le gustaría comprobarlo —sentenció él sin dudar ni una palabra y viendo como la marquesa ladeaba la cabeza pensativa, esbozaba una sonrisa y le tendía su mano firme y enérgica. Cristóbal dudó un segundo si besarla o estrecharla como hacían los hombres en los pactos de caballeros y sabiendo el carácter decidido de la marquesa, optó por la segunda opción.

Esa noche llegó a la casa de los Balenciaga una caja grande de palacio. Cristóbal le había contado a su madre y a Agustina, que escuchaban incrédulas, todo lo ocurrido. En su tapa había una nota manuscrita de la marquesa, con una letra ladeada pero erguida que se le antojó tan exquisita como la batista que escondía en su interior.

Querido Cristóbal:

Cumpliendo con mi palabra, te mando mi vestido y este lino nuevo de rayas para que me hagas seguir creyendo en los sueños de verano. Espero que te sean útiles para completar nuestra apuesta y que podamos celebrarlo pronto junto con la recuperación de tu madre.

Un saludo afectuoso,

Micaela Elio y Magallón Marquesa de Casa Torres

Cristóbal tendió la nota a su madre, que permanecía asombrada, sentada junto a su hija como dos espectadoras de una función increíble, y sacó de la caja el vestido de la marquesa y los metros de lino nuevo, rico, limpio, de ese color vainilla que tanto le gustaba y sutiles rayas grises. Se lo acercó a la cara, respiró profundo, y sonrió con los ojos húmedos. Agustina se cogió la cara con las manos. A su madre, sin dejar de sonreír, también se le llenaron de lágrimas los suyos.